

CAUTIVERIO: ANTESALA DE LA MUERTE

Lizbeth J. Rivera Morales

*Nuestro siglo veinte iba a ser mejor
que los previos.
Habían unos cuantos problemas
que iban a desaparecer.
El hambre, por ejemplo,
la guerra y algunos otros.
Se iba a respetar
la indefensión de la gente indefensa.
Habría confianza, todo eso.
Cualquiera que tuviera en mente
disfrutar del mundo
ahora se encuentra
con una tarea imposible.**

Wisława Szymborska
(Premio Nobel de Literatura 1996)

"El cadáver tenía la cabeza cubierta por una capucha acartonada por la sangre seca, puesta al revés, con los agujeros de la boca y los ojos en la nuca, y casi desbaratada por los orificios de entrada y salida de seis tiros disparados desde más de cincuenta centímetros, pues no habían dejado tatuajes en la tela y en la piel. Las heridas estaban repartidas en el cráneo y el lado izquierdo de la cara, y una muy nítida como un tiro de gracia en la frente..."

Sórdido...maquiavélico...satánico, pero real. Este relato es parte del holocausto bíblico colombiano plasmado en **Noticia de un secuestro**. Sí, el magistral reportaje literario publicado recientemente por el Premio Nobel de Literatura 1982, Gabriel García Márquez.

En esta última obra del célebre escritor colombiano se narra el secuestro de una periodista colombiana con conexiones políticas, y su cuñada, ocurrido el 7 de noviembre de 1990 en Bogotá a manos del grupo los Extraditables, narcotraficantes pertenecientes al cartel de Medellín. Pero éste no fue un secues-

tro aislado, sino parte de otros nueve secuestros ocurridos simultáneamente como método de presión contra el Estado en respuesta a las torturas y secuestros perpetrados en Medellín por parte del organismo de seguridad del Estado, Cuerpo Élite.

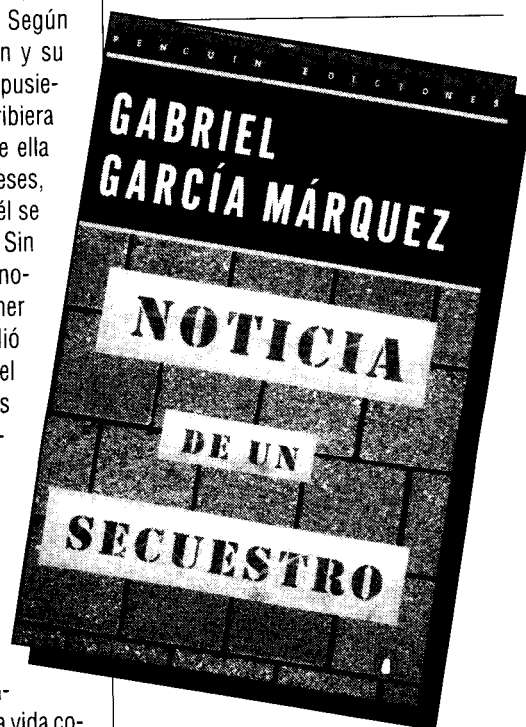
El prolifero escritor, maestro en el manejo del recurso periodístico, nos aclara como surgió esta obra. Según García Márquez, Maruja Pachón y su esposo, Alberto Villamizar, le propusieron en octubre de 1993 que escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro de seis meses, y las arduas diligencias en que él se empeñó hasta que logró liberarla. Sin embargo, asegura el destacado novelista que cuando tenía el primer borrador ya avanzado comprendió que era imposible desvincular el secuestro de Maruja con otros nueve que ocurrieron simultáneamente en el país colombiano, por lo que reestructuró el relato para que todos los protagonistas tuvieran su identidad bien definida y su propio ámbito. ¡Y bien hecho!

En esta bien lograda aspiración de reconstruir analíticamente este fatídico período de la vida colombiana, García Márquez delinea la trayectoria de la problemática surgida entre Pablo Escobar y los Extraditables con el gobierno de César Gaviria.

García Márquez denuncia que Colombia no había sido consciente de su importancia en el tráfico mundial de drogas hasta que los narcotraficantes se infiltraron en la alta política del país clandestinamente, primero con su creciente poder de corrupciones y soborno y después con aspiraciones propias.

El motivo principal de esa guerra era el terror de los narcotraficantes ante la posibilidad de ser extraditados a los Es-

García Márquez, Gabriel.
Noticia de un secuestro,
New York, Penguin
Group, 1996,
327 págs.



tados Unidos, donde podían ser juzgados por delitos cometidos en Estados Unidos, y someterlos a condenas descomunales como lo habían hecho con Carlos Lehder en 1987. Esto era posible por un tratado suscrito bajo el gobierno del presidente Julio César Turbay. Este tratado redujo la ola narcocriminal, por lo que en 1989, César Gaviria, en su candidatura presidencial, propuso que si los narcotraficantes se entregaban no se les extraditara.

A través del terrorismo y la negociación, los Extraditables trataban de con-

seguir la protección del Estado, exigían la no extradición, que no se les obligara a confesar y delatar, que la cárcel fuera invulnerable y que se les dieran garantías de protección a sus familias y a sus secuaces. Esta historia es el testimonio de los secuestros de periodistas para forzar al gobierno.

Pero el problema era mayor. El Estado debía inventarse una fórmula jurídica para poder procesar a los narcoterroristas. Coincidieron en que aquellos que se entregaran a la justicia recibirían una rebaja de la pena si confesaban un delito que permitiera procesarlo, y otra rebaja suplementaria por la entrega de bienes y dineros al Estado. A cambio sus familias recibirían protección. Varios proyectos se sometieron al Consejo de Ministros y tras largas deliberaciones, se aprobaron consecutivamente tres decretos que no resolvieron la situación y no faltó quien los rechazara por "maltratar la majestad de la justicia y echar por la borda la respetabilidad histórica del Derecho penal".

A partir del último decreto, y tras la inacción del gobierno por rescatar a los secuestrados, narrará García Márquez los intentos fallidos de Villamizar, el esposo de Maruja, por rescatarla, todos los acercamientos a la familia Ochoa, las cartas enviadas a Escobar, hasta la entrega de Escobar a las autoridades.

Sin embargo, creo que más allá de la cuestión histórica, el autor que nos ocupa anhela transmitir tanto el horror del cautiverio de los secuestrados, a los cuales le había tocado vivir en la antesala de la muerte, como el incierto sino de

los secuestradores. Sí, esta obra toca las hebras más profundas de nuestros sentimientos, nos sumerge en un infierno de angustia, desesperación, desasosiego, de impotencia absoluta frente a unos hechos que se desbordan por las páginas de este magnífico relato. Este cuadro desmoralizador nos hace sufrir y padecer con las secuestradas Diana y Marina, pero también con los guardianes Damaris y su esposo, el Monje, el Trompo y hasta Barrabás, el trágico final que les depara. Y es que, en cierto sentido, el Gabo humaniza a los guardianes y a los familiares de los secuestradores en tanto los pinta como víctimas sin opción de la ola del narcotráfico. Hay que ver el otro lado de la moneda, porque poco se dice de las alternativas - mejor dicho, de ninguna de las alternativas - que se les dan a las madres, esposas e hijos de los Ochoa o de Escobar. Leer **Noticia de un secuestro** puede resultar un proceso insólito, pero también un fluir de conciencia, de lágrimas, de coraje y de reflexiones sobre la vida. ¡Que ironía, verdad!

Tal vez, lector(a) toda esta historia te parezca lejana y sólo posible en un país sudamericano - con todo el prejuicio que algunos sienten hacia las repúblicas-. Pero, por si no te has dado cuenta tu holocausto está aquí, en tu patria, sí, en tu Puerto Rico. ¿Cruel realidad?

Innegable, pero Puerto Rico, al igual que Colombia, vive sumergido en el mar de la criminalidad observando como la ola del narcotráfico nos ahoga día a día. Nosotros, al igual que ellos, vivimos en un mundo de reclusión y muerte, de so-

ledad física y espiritual donde la angustia y la desesperanza se convierten en símbolos de una sociedad aplastada por fuerzas que emanan del Estado, del Derecho y de la sociedad misma.

Aún más, ¿cuántos de nuestros jóvenes, como el Monje o como Trompo, son guardianes empleados sin voz ni voto del narcotráfico? ¿Cuántos saben que, al igual que estos jóvenes al servicio de Escobar, no llegarán a la adultez y aún así lo aceptan, y sólo les importa vivir el momento? Las disculpas que tanto aquéllos como los nuestros se dan a sí mismos por su oficio abominable no son tan distintas: ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener carros lujosos y velar por la felicidad de la madre. Todo lo demás lo destestan: los políticos, el gobierno, el Estado, la justicia, la policía, la sociedad entera. La vida, decían, era una mierda.

Ya decía García Márquez que la droga más dañina es el dinero fácil. Lo más irónico, es el propio sistema quien promueve el mensaje: *el dinero... pasaporte a la felicidad*. Y después se preguntan por qué estos "criminales" creen en la idea de que la ley es el mayor obstáculo a la felicidad, que de nada sirve aprender a leer y a escribir, que se vive mejor y más seguro como delincuente que como gente de bien. Realmente, ¿quién es la víctima y quién el victimario?

Vivir en cautiverio es vivir en la antesala de la muerte. ¿No vivimos todos acaso en la misma antesala?